

UNA COSTILLA SOBRE LA MESA

ANGÉLICA LIDDELL

UNA COSTILLA
SOBRE LA MESA



Ediciones La uña Roña
Colección Libros Inútiles

Una costilla sobre la mesa

© 2018, Angélica Liddell

Primera edición: marzo de 2018

© 2018, Ramon Sanmiquel por la ilustración de la cubierta

Maquetación: Arcadio Mardomingo

© 2018, de la presente edición:

Ediciones La uÑa RoTa, S. L.

Apartado de correos 380

40080 Segovia

Correo electrónico: ediciones@larota.es

www.larota.es

Depósito legal: SG 48-2018

ISBN: 978-84-95291-57-8

IBIC: DCF

Impreso en España

Impresión: Villena Artes Gráficas

Ecco qui i tuoi fiori

«La soledad lleva en su seno la semilla de la locura,
incluso aunque hayas vivido toda la vida así, incluso
aunque te hayas adaptado a la soledad y a la frustración».

Mircea Cărtărescu

EN LENGUA MORTAL

1

Sostenme, voy a caerme.

2

Después de haber escrito sobre ti no queda nada más en el mundo sobre lo que escribir.

Tomo apuntes en Berlín sobre la democracia, *El contrato social*, Rousseau, Diderot, como si hubiera contraído un deber contra el amor. Finjo que trabajo. Finjo novedad, sorpresa y aventura, pero la realidad es una tumba que jamás termina de cavarse. Ya pasó el tiempo de abrirse camino a machetazos. Expiro como las mulas expiran bajo el peso ilimitado de sus amos. Para mí Dios. Para los otros las religiones. Mi velo es la eternidad. Solo se me ven los ojos a través de una estrecha abertura que muy pronto también cerraré. He trazado una línea aquí. A este lado empieza el asco por la vida a consecuencia del carácter de una maldición eficiente a perpetuidad. Al otro lado un soplo en el corazón, anulada por esta desigual fortuna de una lucha que ni siquiera existe. Y descalza en mitad del camino polvoriento miro a todos los que llevan zapatos. No sé en qué momento perdí el derecho a la súplica. El punto magnético de tu inocencia te hace más y más dañino. Y cuanto más me arruino más aumenta tu ausencia de culpa, siendo la exculpación aquello que moldea los atributos fríos de una deidad cruel. Aún no entiendo cómo una persona tan inocente ha contribuido a mi fracaso con semejante poder, nunca se llegó tan lejos con tanta decencia, se diría una pureza criminal. Pero serán mis huesos en cambio los que acaben en la cárcel por un asesinato que nunca cometí. Parece que solo existo para probar qué grado de sufrimiento puede provocar en mí tu ingenuidad dentro de un mundo donde todo

funciona ya de forma inversa. Son los perros los que llevan suavemente un pan redondo entre los dientes para ponerlo en las manos de sus afligidos dueños. Por desgracia acaba de morir el perro que me alimentaba. También finjo que me alimento. Si no fingiera que vivo me pasaría el día entero hablando de tu composición, de ese rostro teomórfico, imposible, que me pone en contacto con la muerte más que ninguna otra cosa. Mirarte es como beber sangre. Si el rugido del león sirviera de intermedio entre la causa y el efecto tal vez todavía me quedaran esperanzas. Pero no puedo entregarme por entero al ejercicio del Mal. Cuando uno desea ser malvado necesita prepararse concienzudamente para sufrir. Y yo no estoy preparada, sino completamente acobardada, pues ahora los espectros ya caminan a plena luz del día.

Perdóname si te canto con una lengua mortal.

3

–Se desexualiza el amor para sexualizar la muerte –me explicó el minero cubierto de partículas doradas que refulgían sobre su rostro tiznado.

Di un paso hacia delante y le dije:

–Así es. –Y seguí preguntando–: ¿Sabes dónde está mi teólogo negro y helado, cruel?

El minero me dio un rifle cargado y añadió:

–Toma, tu hombre llegará vestido de oso. No nos hace culpables el crimen, sino la ley.

–Sí, quiero –acepté.

ROMPIMIENTO DE GLORIA

1

Cuando nacemos somos antiguos.
En cuanto nos lavan perdemos la antigüedad.
La ardiente necesidad de quedar mudo para siempre,
eso es la poesía.

2

Ahora tenemos una costilla sobre la mesa
y esta creencia en la prehistoria.
Sigues recortado en cristal negro
sobre la gran página policromada del mundo.

3

No me preocupa que las cenizas tóxicas oscurezcan el sol, no me preocupa que la luz ceda ante la oscuridad. Puedo caminar en dirección al volcán hasta que el calor me abraza. Ese viaje de ida y vuelta entre la vida y los símbolos no es nada más que la búsqueda instintiva de la fe, la carga del conocimiento enfrentada a la mística de los prodigios. Bajo el símbolo subyace el inconsciente sometido al rigor visible de la liturgia, cuyo resultado es la revelación. El volcán sometido al rigor de la poesía. Es la proximidad del volcán, es la proximidad de la muerte lo que transforma nuestras acciones más triviales en símbolos de una fuerza superior a lo humano. Los hechos más cercanos a nuestra muerte son aquellos que más fuerza simbólica cobran. De ahí la importancia del peligro. Despertarme, acostarme, los alimentos que mi cuerpo rechaza, las aceras, la taza de café, esta vida religiosa sin necesidad de dogmas y sin perspectiva de salvación, todo adquiere la fuerza sobrehumana de los símbolos a causa de una proximidad insuperable con el peligro y por supuesto, con el final. El símbolo es libertad pura. Por ejemplo, desde la ventana de mi hotel en Nápoles saco el brazo y señalo el Vesubio. Podría correr sin parar hasta la falda de la montaña, libertad pura. No somos capaces de admitir la libertad. Si admitiéramos la libertad, tendríamos que admitir el derecho natural a preferir el Mal al Bien. Precisamente, la tragedia de la libertad consiste en esto, en que se puede elegir entre el Bien y el Mal. De algún modo, pues, debe suceder lo prohibido: el símbolo.

4

Las cenizas escupidas por el volcán oscurecieron el sol.
Salimos del hotel a caminar bajo ese bautismo de signos.
Era como si te hubieras esparcido en
millones de partículas, paleolítico.
Lo más bello siempre está en el cielo.

5

No hay rompimiento de gloria más negro que el de *Las siete obras de misericordia*, de Caravaggio. Más indescifrable y más oscuro el cielo que la tierra, un firmamento abierto a una trascendencia de petróleo más propia de las profundidades del abismo que de lo angélico, obras de misericordia corporal que no borran la angustia y el temor de cada rostro, sino que los inflaman, una deflagración de negrura, lo biológico ligado horriblemente al sufrimiento. El hambre, la sed, el frío, la soledad, el cautiverio, la enfermedad, la corrupción de la carne, tan horribles las necesidades como la obligación de aliviarlas, tan horrible el cadáver putrefacto como darle sepultura, tan horrible la soledad humana como dar cobijo a un homicida, tan horrible la sed del viejo encarcelado como amamantar su boca desdentada. Si el viejo consiguiera saciarse con la leche de la joven, la tranquilidad le robaría su fuerza. El amor es tan solo una advertencia de la muerte, un ángel dorado a través del cual se transparentan los tarados, babeando, latiendo.

No existe la penumbra en Caravaggio. Lo que vemos no es la oscuridad diurna ni la nocturna, ambas propiciadas por los astros y los obstáculos que se interponen entre el cuerpo y la luz. Son las entrañas mismas de la oscuridad lo que nos invade, lo que nos ciega, allí donde presentimos el origen de todo, esa magnífica y poderosa indigencia, ese intestino primitivo donde lo abyecto y lo sublime poseen el mismo valor.

Al salir de la iglesia, tropiezo con los escalones empujada por la energía de una convulsión extenuante, febril. La excitación me sirve de laberinto, me pierdo en un jardín de heces petrificadas.

Visitar y cuidar a los enfermos
Dar de comer al hambriento
Dar de beber al sediento
Dar posada al peregrino
Vestir al desnudo
Redimir a los encarcelados
Enterrar a los muertos

La misericordia va más allá de la bondad, mas allá de la ley, a veces contra la ley, porque no tiene más límite que el horror del otro y nuestro propio horror. Cuanto más misericordiosos somos, somos más culpables, la misericordia nace de un Mal supremo, de una Maldad ideal absoluta que viene a quebrantar la falacia del Bien como origen y propósito de la ley, la misericordia procede de un principio más alto que la conciencia moral. La misericordia destituye la ley. Es la misericordia la más negra de nuestras acciones. Por dentro somos noche. El color negro de nuestro interior es el negro mortal. Tras el rompimiento de gloria sabemos que los desgraciados volverán a ser tragados irremediabilmente por la lobreguez.

Saliendo de Via dei Tribunali, después de admirar el Caravaggio en el Pio Monte della Misericordia (el antiguo hospital de enfermos incurables), tomo Via Toledo, aún aturdida por la violencia de esa pintura torturante, y allí se produce un súbito rompimiento de gloria, como si todavía no hubiera dejado de mirar el cuadro. Aparece un loco, sucio, andrajoso, apestando a orines o a quién sabe qué sustancia macerada en capas de porque-

ría indefinible, agitando al aire su pelo largo y enmarañado, entre nubes, ráfagas y ángeles, una visión beatífica en mitad del ruido cotidiano, me elige, se pone frente a mí, me detiene con el brazo extendido, y, mirándome fijamente a los ojos, me escupe en la cara y se marcha. Me abandona. Me siento abandonada, como si un pene adorado, enorme y caliente, hubiese entrado y salido de mi vagina. Entorno a mí se produce un silencio que me ciega durante unos segundos. El ruido regresa en forma de ola, ensordecedor, más intenso que antes del escupitajo. Todos los coches y las motos de Nápoles circulan con la intención de atropellarme. Echo a andar, aunque triste, colmada. Sonrío, los pezones se me hinchan bajo el vestido, los mantengo duros gracias al calor de una vulva palpitante. No me limpio, dejo que el ardiente sol napolitano seque la saliva mientras camino, la gente me mira, tengo la sensación de ir completamente desnuda. Huelo esa acidez característica de las babas fermentadas, pobres, procedentes de un aliento agrio y enfadado. Y digo en voz alta: –Ya estoy bendecida.

El mundo es una enorme piel cubierta de llagas.

Los dementes mueren de noche y nos dejan solos.

No podremos escribir el relato de nuestra propia muerte.

¿Eras tú el profeta?

6

DIRCE EN POMPEYA

Comprar un toro, atarme al toro, delicadamente.

Un fuego blanco goteando de mis labios.

Habla la anciana con su cráneo adoptivo, recogido entre miles de calaveras apiladas en las catacumbas desde hace siglos, tan próximo el rostro de la vieja a la extinción que el cráneo parece su gemelo de calavernario, lo limpia, le lleva flores, regalos, le pide consejo, reza buscando un beneficio mutuo, un beneficio entre la senilidad y los difuntos, qué mayor beneficio puede haber para alguien que está a punto de morir que la complicidad con los osarios, de soledad a soledad, qué mayor provecho para el fantasma que escuchar un canto antiguo que alivie las frialdades del purgatorio, quizá gracias a la indulgencia de la anciana se libre el alma en pena de los tormentos del infierno, y quizá, llegado el momento de la extremaunción, el fantasma le tienda agradecido desde las tinieblas un hilo invisible que sirva de guía en el inframundo a la mujer que sin importarle su procedencia le llevó flores y lo limpió y lo protegió e intercedió. Las mujeres jóvenes, tal vez más solas, no tan lejos de ser abandonadas, casi viudas, también acarician los cráneos, pero con el propósito de la descendencia, por sentirse tan solas y todavía vivas y ubérrimas, una humilde paradoja en nombre de la fertilidad, les construyen altares, de tanto acariciar los huesos, de suplicar tantas preñeces, los hacen brillar. En Nápoles la fecundidad, naturalmente, la propician los muertos. Calaveras adornadas con encajes de novia, conservadas en nichos abiertos iluminados por dinteles de neón. A más muertos más nacimientos. A más nacimientos más muertos. No hay tibia descarnada que provoque temor, no acampa el terror en las hueseras. Cadáveres y recién nacidos rivalizan en ceremonias. Cada disparo engen-

drará vida nueva. Y los espíritus hablan con las mujeres de calavera a calavera, o a través de los sueños, se comunican mediante la interminable noche del alma, y a veces las viejas y las jóvenes reciben el favor de los despojos de aquellos extraños que adoptaron, ricos o pobres, asesinados o asesinos. Aquel que mató, también es un ángel, reunió dentro de sí todas nuestras culpas. Nadie pone en duda el poder de los muertos, y nadie los juzga.
Per grazia ricevuta.

–*Vai alla chiesa del Purgatorio ad Arco.*

–¿Qué hay allí?

–Vai.

–Hay tantos lugares a los que ir.

–*Vai alla chiesa del Purgatorio. Vai, vai...*

8

La oración que no sabe llegar a los labios.

El éxtasis irrealizable.

Aspirante perpetua a las tentaciones de Dios.

La impotencia es lo único invencible.

9

La fe no sabe que lo es, se ignora a sí misma, tenerla sería como negarla. El único impulso verdadero hacia la fe es entregarse por completo a alguien que te ignora. Darse a uno mismo incesantemente hasta el punto de que el vacío del otro se vuelva necesario para seguir dando. (Alberto Magno a propósito de María: «Reúne dentro de sí todo en todo»).

No todo lo que se desea con suficiente fuerza se consigue.
Pero cuando anunciaron, *Annunciazione*, el plan de evacuación,
la taza que me recordaba a ti estalló.
Mi impotencia invencible era una astilla en la carne del perímetro.